

## Lectura del primer capítulo: MIKA EN EL EGIPTO DE LOS FARAONES

### 1. El laboratorio del profesor Franziskus

Hacía semanas que Mika no veía el sol. Desde que su amo, el profesor Franziskus, había decidido participar en la Feria de los Inventores de Murmansk, pasaba todas las horas del mundo encerrada.

El laboratorio de ingeniería espacio-temporal se había convertido en una cárcel donde cada día era igual al siguiente. Mika contemplaba aburrida cómo el inventor se despertaba nervioso -casi siempre se dormía sobre la mesa donde perfeccionaba los planos de su artilugio- y, tras tomar una ducha, regresaba al trabajo.

Si se acordaba, llenaba sus platitos de pienso y agua, además de limpiar la bandeja de la arena: el lavabo para gatos.

Con ese panorama, Mika deseaba que llegara ya el día de la feria y el profesor triunfara o fracasara de una vez con su invento.

El Profesor Franziskus había empezado a trabajar en la Cápsula del Tiempo veinte años atrás, pero sólo recientemente había encontrado la clave para su invento: un generador de campos magnéticos capaz de hacer un agujero en el tiempo para viajar hacia el pasado o hacia el futuro.

Nuestro inventor estaba satisfecho con su Cápsula del Tiempo y estaba casi seguro de que, tras miles de pruebas y fallos, estaba lista para funcionar. Sólo había un problema: para demostrar en la Feria de Inventores de Murmansk que aquella máquina funcionaba necesitaba un crononauta, alguien que se sentara en su artilugio y se transportara a otra época.

Y no sólo eso: para que el experimento fuera un éxito, era necesario que el crononauta fuera capaz de regresar al punto de partida. Si la Cápsula del Tiempo desaparecía en algún lugar de la historia, el Profesor Franziskus no podría presentarla ante el comité de expertos. Pero tampoco podía llevar su invento sin haberlo probado al menos una vez.

¿Quién confiaría en un nuevo modelo de coche que no hubiera hecho al menos algunos kilóme-

tros en la carretera?

Esa era la clave. Había que encontrara a un crononauta -la palabra significa «viajero del tiempo»- que visitara otra época y regresara con una prueba del viaje. Para ello la cápsula iba equipada con una valiosa cámara fotográfica, una filmadora de 8 milímetros y una grabadora con cintas de platino.

Era el mejor equipo que podía encontrarse en 1969, el año que el hombre pisó la Luna, aunque el Profesor Franziskus planeaba una odisea mucho más ambiciosa. ¿Qué era un viaje a un satélite helado en comparación con la posibilidad de conocer civilizaciones y reinos de otras épocas? Sería como abrir un libro de historia y sumergirse en las ilustraciones sobre la era de los mamuts, el descubrimiento de América o la Revolución Francesa.

El Profesor Franziskus pensaba en todo esto mientras repasaba los planos de su máquina, que parecía un platillo volante, así como los algoritmos que controlaban el generador magnético. Estaba seguro de que el invento funcionaría, pero no estaba tan seguro de su precisión. ¿Y si el crononauta aterrizaba en el lugar equivocado?

Sería un drama que por error fuera a parar a la Atlántida el día de su hundimiento, por ejemplo. O a Hiroshima segundos antes de caer la primera bomba nuclear de la historia. No podía permitirse un fallo así: antes de iniciar los viajes debía asegurarse que la cápsula era capaz de aterrizar en el lugar y tiempo elegido para poder luego volver a la base.

Esta no era otra que el laboratorio del Profesor Franziskus, un módulo prefabricado en medio del desierto de Arizona. Tenía placas solares en el techo, un pozo de agua dulce y una gran despensa subterránea que les permitiría subsistir casi un año sin necesidad de contactar con el mundo exterior.

Eso era justo lo que necesitaba el amo de Mika para su gran proyecto: un lugar aislado donde trabajar día tras día hasta que su sueño se hiciera realidad. Sólo faltaba un mes para la feria de los inventores y necesitaba todo ese tiempo para hacer los últimos ajustes y encontrar el crononauta idóneo para probar la cápsula.

Mika había visto ya un par de aspirantes que no fueron aprobados por su amo. El primero había sido camionero en Arkansas, pero le habían quitado el permiso de conducir después de sufrir un aparatoso accidente a causa del alcohol. El segundo era un joven estudiante de ingeniería que ha-

bía sacado Matrícula de Honor en todas las asignaturas.

El Profesor lo había descartado por miedo a que, al ser un brillante hombre de ciencias, pudiera encontrar pequeños fallos en la Cápsula del Tiempo -algunos controladores estaban ajustados sólo «a ojo»- y suspender el viaje.

No, había que encontrar otro tipo de sujeto para el viaje más insólito nunca realizado.

Mika llevaba seis largos meses sin salir del Laboratorio, donde además tampoco podía pasear por donde ella quería. Por motivos de seguridad, tenía prohibida la entrada a la Cápsula del Tiempo. Como todos los gatos, sentía una gran curiosidad por aquel lugar cerrado. Se preguntaba como sería el interior de aquel ridículo artilugio. ¿Sería el asiento del crononauta más cómodo que el duro y polvoriento sofá en el que pasaba las horas?

Un domingo por la noche el profesor Franziskus se había dormido sobre los planos -le sucedía a menudo-, cuando Mika vio que algo había cambiado. Y no era una novedad pequeña: su amo se había dejado la portezuela de la cápsula abierta.